

El muerto entero

Y cuando Dios se calla

desciende el corazón hacia la noche

abriéndose camino entre cadáveres

de pájaros, de estrellas y de flores.

¡Y el muerto más profundo y silencioso

la voz desconocida de los hombres!

Cuando se calla Dios me crece un muerto

con el ser y el tamaño de mi nombre.

M. GEFREDA GIL

JESÚS TOMÉ, C.M.F.

ALTA EXTREMADURA

VALORES TURISTICOS

Por VALERIANO GUTIERREZ MACIAS

NO vamos a estas alturas a hacer hincapié en la importancia que tiene el turismo y su desarrollo para Cáceres y su provincia.

Juzgamos al lector en la mejor disposición y perfectamente compenetrado con lo que supone actualmente el turismo y por tanto para la Alta Extremadura.

Todo esto nos da pie para ocuparnos en este artículo de la importancia de la provincia de Cáceres en el aspecto turístico.

Es innegable que por muchos encantos que atesoren los pueblos, si no disponen de medios de difusión que llamen adecuada y notablemente la atención del turista, no son visitados en la proporción que requieren.

La expresión comprimida —sobresaturada de experiencia «el buen paño en el arca se vende»—, alcanza su debida plenitud si va acompañada del complemento —también lacónico y no menos cierto— «si se da a conocer», es decir, si se airea, pero en forma exhaustiva como hoy se propugna y se lleva a cabo.

En tanto en cuanto no se divulguen los monumentos arquitectónicos de tipo religioso, civil o militar, el paisaje, las fiestas típicas, señeras, de robusta personalidad, el folklore, las realizaciones, etc., y las rutas de visitas de una población, no es posible que pueda contar con un número apreciable de viajeros que acudan ávidos de conocer y gozar de sus bellezas de todo orden.

Cada día que transcurre observamos en la Alta Extremadura —lo mismo en la capitalidad que en la provincia— mayor número de visitantes de distintas nacionalidades y asimismo, es frecuente la presencia de escritores —viajeros del país y de allende las fronteras patrias— que luego con la más excelente disposición dejan grabadas sus sensaciones

e impresiones, en sus tribunas periodísticas y literarias, en el libro, etc.

Pero como es bien verdad que no se ama lo que no se conoce, aventemos por todas partes las riquezas y maravillas que guarda la provincia de Cáceres.

Queremos dejar constancia de que Cáceres, que ahora está celebrando con el mayor entusiasmo y brillantez los dos mil años de su existencia histórica, reúne en su capital —la antigua *Norba Caesarina*, fundada por el Pro-Cónsul Cayo Norbano Flacco, el año 34 antes de Jesucristo— un recinto gótico declarado «conjunto monumental» del medioevo, de gran calidad artística, único en España al decir de los investigadores, cabiendo citar siquiera el Palacio de Cano Moctezuma, el Episcopal, el de la Generala, Golfines de Arriba y Abajo, Arco del Cristo, iglesias de Santiago, San Francisco, San Mateo, Santa María, San Juan, etcétera; Trujillo y Plasencia, capitalidades de dos fértiles comarcas, ofrecen palacios y mansiones señoriales, y la última ciudad dos catedrales; Coria es también sede episcopal, la cuarta diócesis de España y cabecera de la rica comarca del Alagón; Alcántara, además de su puente romano, —de valiente construcción en sillería almohadillada, debido a Cayo Julio Lácer y erigido el año 104 de nuestra era— cuenta con el convento de San Benito, que recuerda la Orden Militar de la venera de la Cruz Verde y la capilla del primer Gobernador de Indias, Frey Nicolás de Ovando; en Guadalupe, Hispanidad, centro de devoción y de arte, real sitio de los Reyes Católicos, «su paraíso en la tierra», se rinde culto en su histórica basilica —cuya sacristía exhibe los famosos cuadros del dulce y afamado Zurbarán, pintor de monjes— a la Reina de la Hispanidad; Pedroso de Acim está próximo al solemne y solitario cenobio de El Palancar, del siglo XVI, el «gran conventito», el convento más pequeño del mundo, donde San Pedro de Alcántara iniciara la Reforma Franciscana; Montánchez, con su serranía es el «balcón de Extremadura»; Yuste, —Imperio Español— perfumó las postrimerías del César Carlos V, el gran Emperador de Occidente, de quien dijo uno de nuestros más inspirados poetas que

en su vuelo sin segundo

debajo de sus alas tuvo al mundo.

Siguiendo esta exposición que deseáramos fuese lo más completa posible, pero que los límites de espacio nos lo prohíben, consignaremos

que en Valverde de la Vera están los sepulcros de los Condes de Nieva, señores de la Villa y el Castillo, incorporado a la iglesia parroquial; Arroyo de la Luz, urbe populosa, de labradores y alfareros, se ufana de las *tablas* del pintor Luis de Morales, «El Divino», que constituyen el retablo del altar mayor de su iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Asunción, «el retablo más inconfundible suyo, su obra maestra»; Ceclavín y Torrejoncillo trabajan como hace miles de años empleando las pepitas de oro del *aurífero Tagus* para hacer afiligranadas alhajas y también ofrecen primorosa artesanía; los encajes y ganchos y a bolillos de Acebo echan por tierra las aplicaciones *snob*, dando lugar a épocas de esplendor material en la venta ambulante por cualquier punto de la península: las «mallas» y «tortas» del Casar de Cáceres; las sayas de Malpartida de Cáceres; los refinados aceites de la Sierra de Gata, «el país del aceite de oro», en frase de «El Bachiller de Trevejo»; los vinos de Cañamero, Montánchez, Cilleros, Brozas y Ceclavín; la chacina —jamones y embutidos— de Montánchez (1.114 metros), Logrosán, Piornal, El Torno y Garrovillas de Alconétar, no reconocen rival, y así podríamos continuar concretando lo valioso y único de la tierra cacereña.

¿Anhela el turista recrearse en la impresión que producen las fortalezas? Aquí tiene testimonios fehacientes y permanentes de la historia: los castillos y fortificaciones de Alcántara, Alconétar, Almaraz, Almenara, Arguijuelas de Arriba y de Abajo, Belvis de Monroy, Coria, Brozas, Galisteo, Granadilla, Grimaldo, Jarandilla, Los Mogollones, Mirabel, Monfragüe, Monroy, Montánchez, Peñafiel, Portezuelo, Santibáñez, Trevejo, Trujillo, Valencia de Alcántara y la romana Cáparra, con su espléndido arco triunfal.

¿Quiere el viajero extasiarse en el paisaje? Aquí están los Campos Eliseos de la Vera —que cantara el clásico Gabriel Acedo de la Berrueza— el ameno jardín del Valle de Plasencia, regado por las aguas limpias, claras, cristalinas del *Xerete*, y el paisaje de las Altamiras (950 metros), y las abruptas Villuercas (1.750 metros).

Interesantes en gran sumo son las fiestas y el folklore cacereño; las lindas tonadas del terruño, que cantara el celebrado poeta campesino Gabriel y Galán; las danzas, llenas de arcaísmo, el traje típico y las costumbres ancestrales.

El amor al terruño, a lo propio, a lo cacereño, ha hecho que puedan conservarse no pocas costumbres tradicionales, incluso en la capital de

la provincia, como las *mesas de ofrendas* de la Paz, de San Blas, las Candelas, Nuestra Señora de la Montaña, Nuestra Señora de la Esperanza, Nuestro Padre Jesús Nazareno y la de la Santa y Vera Cruz, que se celebran alrededor de las ermitas y parroquias con sus correspondientes *pujas*; la típica «feria de los borregos» del Sábado de Gloria; la romería de la Virgen de la Montaña, Patrona de la ciudad, junto al magnífico santuario; el típico «chiviri» de Trujillo, Cuna de la Conquista, fiesta de marcado sabor folklórico.

No podemos extendernos en la mención de las costumbres, fiestas típicas y romerías de los pueblos, bailes, cantos populares y otras interesantísimas manifestaciones turísticas populares, porque el apego a lo viejo y tradicional es mayor y a su mantenimiento ha contribuido, sin duda alguna, la falta de auras renovadoras con la carencia de medios de comunicación que hoy brinda la civilización moderna.

Montehermoso, con su fiesta de San Bartolomé y llamativo atuendo y sobre todo la famosa «gorra», el llamado sombrero —originalísimo y decorativo— que ha dado la vuelta al mundo; Torrejoncillo con «La Encamisá»; Garganta la Olla con «Las Italianas»; Piornal, pueblo serrano por excelencia, mirador de Extremadura —a 1.100 metros—, con la fiesta del «Jarramplas» el día de su santo patrón y mártir, San Sebastián, con el sabor poético y sentido de sus canciones «La Rondeña» y «La Torera»; Aldeanueva de la Vera, con la festividad del Cristo; Garrovillas de Alconétar, con la de San Roque y San Blas y la institución de caridad «Casas de por Dios»; Baños de Montemayor y Hervás, con la fiesta del «Ramo», etcétera, muestran un venero inagotable de costumbres, devociones y expansiones sanas conservadas en su prístina pureza de generación en generación, con el embrujo que produce todo lo que tiene auténtico sabor de lo cacereño.

Para completar este capítulo mencionaremos ligeramente lo que concierne a la gastronomía cacereña.

Pese a la sobriedad y austeridad de Extremadura —de hijos aventureros y audaces que se distinguieron notablemente en la conquista de América—, su cocina es abundante, a base de productos del país.

La provincia de Cáceres, que corresponde a la más fiel gastronomía de España, afrece platos exquisitos. Pueden gustarse, lo mismo en hoteles y restaurantes que en los típicos figones y fondas, platos de chorizo, salchichón y jamón que se juzgan sin rival por la salazón y excelente calidad de las carnes, en lo que tanto influyen los piensos de engorde

y cebo, derivado de las dehesas, grandes extensiones de terreno pobladas de encinares y alcornoques y la cura de tales productos como consecuencia del buen clima reinante donde se conservan.

Entre los platos especiales cacereños no pueden faltar a la cita los siguientes: caldereta, frite extremeño, indispensable en las romerías, la «cachuela» en las matanzas, chanfainas, migas con torreznos, escabeches de peces de Alcuéscar, tencas, gazpacho, en su gran variedad, y sobre todo, la especialidad de conejos, perdices a la moda de Alcántara, los «fritos borrachos», etc.

Anotemos que la hostelería cacereña mejora notablemente; que en las ciudades de Cáceres, Plasencia y Trujillo, las villas de Guadalupe y Jarandilla y la población de Baños de Montemayor, estación veraniega, existen señoriales albergues y establecimientos hoteleros; el Parador de la localidad jarandillana se considera modelo en su género: que se perfeccionan las comunicaciones, que la «Ruta de los Conquistadores», bien prestigiada, ha sido ampliada, la reciente inauguración del histórico camino de la «Vía de la Plata» ha alcanzado la mayor aureola, y con la «Ruta Corta», que lleva a Fátima y al Atlántico, se trata de impulsar como merece, y que se restaura a buen ritmo para restañar las heridas que el tiempo y la incuria infirieron a los monumentos orgullo de la raza.

Este vario y austero paisaje, estos pueblos risueños, de un dorado secular, con sus monumentos —hitos incomparables del ayer—, con su atuendo vistoso, con sus tipos de extraordinario interés, esperan siempre al viajero para brindarle, junto a sus encantos, la hospitalidad, la acogida más cordial, de lo que justamente pueden vanagloriarse.

Pero los cacereños deben afanarse todo lo posible para que los turistas no sean «viajeros de paso», sino que estén y permanezcan en la ciudad y poblaciones que hemos citado, tras la visita del «baedeker».